

David Jiménez
Historia de la crítica
literaria en Colombia

**Bogotá: Universidad Nacional-
 Instituto Colombiano de Cultura,
 1992. 239 pp.**

Henry González Martínez
Universidad Pedagógica Nacional

Historia de la crítica literaria en Colombia es un libro en el que se despliega talento intelectual y muy refinado arte verbal, con lucidez, amenidad, intuición, rigor, pasión, etc. Constituye, también, un importante logro en el proyecto estético iniciado por su autor algunos años atrás, tan beneficioso para la cultura colombiana.

En David Jiménez (Medellín, 1945) se encarna con sobrados méritos el escritor ideal que demandaba Carlos Arturo Torres para Hispanoamérica, a un tiempo artista, educador y pensador. Su arte de la invención verbal ha sido reconocido públicamente en 1987, con el premio nacional de poesía Universidad de Antioquia por su libro *Retratos*, y en 1988, con el premio a la mejor crítica en la Feria Internacional del Libro celebrada en Bogotá. Como educador, Jiménez no sólo ha contribuido a la formación de muchos estudiantes en distintas universidades, entre ellas la Pontificia Bolivariana, la Pedagógica Nacional y la Nacional de Colombia, sino que ha realizado importantes aportes a la pedagogía, como la antología infantil *Pais azul* y varias traducciones, en colaboración, de estudios sobre problemas de lectura en el niño. Su vocación de pensador y ensayista la desarrolló con sus estudios en la Universidad de Essex, Inglaterra, donde se tituló primero en filosofía y luego en sociología de la literatura. Algunas publicaciones nacionales han abierto sus páginas a la asidua reflexión intelectual de David Jiménez, entre ellas los periódicos *El Colombiano* y *El Mundo*, de Medellín, junto a *El Espectador*, de Bogotá, y las revistas *Folios* (U.P.N.) y *Semana*.

El libro *Retratos*, dividido en tres partes ("Retratos", "Instantáneas", "Canciones"), articuladas por la

evocación artística de la imagen familiar, salió a la luz en 1987. Dos años más tarde, Procultura publicó, en forma de manual escolar, el trabajo de Jiménez sobre la labor crítica del poeta Rafael Maya, de cuyo texto —que puede considerarse un ensayo plenamente logrado— proviene el correspondiente estudio sobre el mismo autor que aparece en el volumen objeto de esta reseña.

Historia de la crítica literaria en Colombia consta de un prólogo, una introducción y cuatro capítulos (o partes). En el prólogo, Jiménez llama la atención sobre la tendencia simplificadora y reduccionista que acusa este tipo de estudios en Colombia, a la que responde con una actitud contraria: "detenerse en la diversidad y tratar de seguir el hilo conductor de más de un proceso, sin adelantar conclusiones excesivamente simplificadoras". Igualmente, explica la complejidad y el tono de su trabajo:

En la crítica literaria vienen, en intrincado contexto, enredados casi todos los problemas que se le han planteado a la inteligencia colombiana a lo largo de su historia cultural. No hay que admirarse, pues, si la mayor parte de los temas aparecen expuestos en forma de polémica. Sobre ninguno se ha escuchado exclusivamente una voz, si bien los dogmatismos han sido una constante.

Haciendo gala de modestia científica, el autor observa que su trabajo no constituye un estudio exhaustivo, pues sólo ha señalado algunos temas fundamentales, resaltando ciertas figuras y las obras que todavía conservan intacto su tesoro escondido:

Si estas páginas se dejan leer con fluidez y, ojalá, con cierto agrado, y si suscitan algún interés por la discusión crítica, sustentándola en premisas históricas, ya habrá comenzado a cumplir con sus objetivos este libro.

En la introducción, Jiménez esboza los elementos fundamentales del pensamiento crítico desde su surgimiento, en el siglo XIX, a la par con el concepto de literatura. Se remite luego a Hispanoamérica, en donde se aborda la labor crítica durante la segunda mitad del siglo XIX, y revisa de manera panorámica la situación sociocultural tanto en Hispanoamérica como en Colombia. A continuación se detiene en nuestro ámbito para presentar a los principales exponentes del género, entre ellos Baldomero Sanín Cano, con su idea de vincular la crítica con el arte clásico —tanto grecolatino

como español—, la política y la religión, y José Asunción Silva, quien, si bien no se distinguió como crítico, supo aportar su idea de modernidad en el arte. En un intento de gran síntesis, Jiménez señala: "la fluctuación entre los dos polos representados por Silva y Cano se perpetúa [respecto al segundo] en Gómez Restrepo y llega hasta Rafael Maya, [respecto al primero] en Eduardo Castillo, hasta Fernando Charry Lara, al menos en cuanto éste encuentra, como Silva, la cuestión crítica ya suscitada por su propia obra poética". Ante tal polarización, Jiménez demanda una tercera línea que supere "el dogmatismo y el impresionismo en la crítica, mediante la fundamentación científica del análisis y del juicio", y pregunta por el gran crítico, por el equivalente, en su género, de Silva en la poesía o de Tomás Carrasquilla en la novela, a lo cual responde que "su formulación, probablemente, no se condensará en un gran nombre sino en un proceso tortuoso, en todo caso lineal y quizá no tan pobre como ciertas expectativas harían suponerlo".

En la primera parte del libro, el autor aplica su análisis a algunos textos de autores del siglo XIX, como José María Samper, José María Vergara, Salvador Camacho Roldán, Juan de Dios Uribe, Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro. En el prólogo ya había advertido que adoptaría una posición crítica cuando fuera necesario y efectivamente lo hace en la valoración de estos autores, sin dejar de reconocerles sus aciertos y aportes al proceso crítico. Por ejemplo, respecto a la apologetica condición de fundador de la crítica que reconoce Antonio Gómez Restrepo a Miguel Antonio Caro, el autor afirma: "Esa condición fundadora [...] puede ser discutida, pero no carece de razones. Es difícil afirmar que con él se inicia una actividad que ya antes había producido una larga serie de textos, algunos de ellos fundamentales. Pero es cierto que frente a Samper o Vergara y Vergara, Miguel Antonio Caro se presenta con un instrumental crítico más coherente y como autor de estudios más sistemáticos".

La segunda parte se titula "Baldomero Sanín Cano, crítico moderno". Es el pensador a quien Jiménez concede mayor espacio en el libro, pues lo menciona constantemente, de principio a fin, como punto de referencia frente a los demás autores. Jiménez considera que Sanín Cano inaugura la crítica modernista en Colombia, específicamente con el artículo "Núñez, poeta", publicado en 1888, el mismo año en que aparece *Azul*, de Rubén Darío. En ese texto se encuentran ya "los planteamientos fundamentales del modernismo a favor de la autonomía de lo estético y de la necesidad de emancipar la obra de arte con respecto a toda fina-

lidad extraña a la belleza misma". Sanín Cano es el ejemplo de intelectual polémico y creativo que no se arredra ante lo oficial, así vaya contra la mayoría. Abordó los temas de mayor interés para la cultura colombiana y supo mantener su espíritu abierto y en constante diálogo con el cambio. En los renglones finales de este capítulo, después de señalar a grandes rasgos los aportes de Sanín Cano al mundo intelectual colombiano, Jiménez lo califica como "el crítico moderno" por excelencia.

La tercera parte, "La crítica literaria en la época del modernismo", atañe a los conceptos introducidos por el modernismo, las revistas de la época y los intelectuales vinculados a ellas. Jiménez arguye que Guillermo Valencia "representó por excelencia la modernidad en su obra y [...] constituyó, por tanto, el objeto principal de análisis y controversias críticas". Por entonces, la crítica debatía el problema de la sensibilidad frente a las creaciones modernistas; la cuestión de la literatura nacional y del criollismo; el tema del decadentismo, etc. A renglón seguido, Jiménez expone el pensamiento crítico de Tomás Carrasquilla, Antonio Gómez Restrepo, Carlos Arturo Torres, Saturnino Restrepo y Eduardo Castillo.

En la cuarta y última parte del libro, "La crítica literaria después del modernismo", se desarrollan distintos temas. Primero se estudia la prolongación de la influencia modernista hasta bien entrado el siglo XX y las críticas que despertó el modernismo en distintos frentes. Luego se indagan los más importantes aspectos de la obra de Luis Tejada, Jorge Zalamea y Rafael Maya. Complementariamente se presentan los tópicos respecto a los cuales se pronunció la crítica de la época: "El llamado arte de la postguerra", "Los críticos frente a *La vorágine*" y "Los críticos frente a la crítica". Y el libro concluye con una valoración lúcida y equilibrada del pensamiento crítico de Hernando Téllez.

La presentación panorámica de este trabajo ensayístico permite forjarse una idea sobre la amplitud de la temática abordada por el autor. Sin embargo, la percepción de sus múltiples tonos, la dinámica y la amenidad del contenido, así como el goce y el placer del discurso que, sin dejar de ser riguroso, desliza sutilmente la ironía y la evaluación contundente, sólo se obtienen con una lectura íntegra.

Por sus descubrimientos estéticos, el enfoque novedoso que propone y el prolífico diálogo cultural que concierta, en el que la palabra de épocas pasadas asiste a un proceso de resurrección, confrontando su validez contemporánea, bien puede considerarse este

libro como precursor en la historiografía de la crítica literaria colombiana entre 1850 y 1950.

El matiz ensayístico que articula el libro posibilita una crítica dialógica en la que Jiménez no se limita a hablar acerca de las obras y los autores, sino que los coloca en igualdad de condiciones: aparte de reconocer sus méritos y dejar escuchar lealmente sus voces, polemiza con ellos y establece distancias, como en el caso de Rafael Maya, cuando, luego de haber resumido su pensamiento y citado sus textos, afirma: "Leer hoy la obra crítica de Maya obliga a tomar distancia, a discrepar con frecuencia, a resentir lo que sus afirmaciones tienen de anacrónico y de insostenible para un lector contemporáneo. Hoy es difícil adherir a esos principios absolutos del arte clásico: su vigencia eterna se nos aparece como una pretensión caduca".

Eduardo García Aguilar *Urbes luminosas*

México: Editorial Leega, 1991.
148 pp.

Edward W. Hood
Northern Arizona University

Con las interesantes y desconcertantes narraciones de *Urbes luminosas*, Eduardo García Aguilar (Manizales, 1953) agrega una nueva dimensión a su obra. Anteriormente había publicado un libro de leyendas mitológicas, *Palpar la zona prohibida* (1984), un estudio crítico sobre los primeros intentos cinematográficos de Gabriel García Márquez, *García Márquez: la tentación cinematográfica* (1985), y tres novelas: *Tierra de leones* (1986), *Bulevar de los héroes* (1987) y *El viaje triunfal*, ganadora ésta del premio Ernesto Sábato, para escritores colombianos, en 1989.

Urbes luminosas consta de veinticinco relatos cortos, divididos en tres secciones: "I. Orgías y maniqués", "II. Las buhardillas del fin del mundo" y "III. Stendhal y Flaubert en el estómago". Los títulos se refieren a temas y motivos recurrentes en el libro: la actividad sexual, la personificación de maniqués y otras máquinas, la literatura. El epígrafe: "El estatuto del extranjero es de verdad el único que hoy hace posible

vivir", del francés Paul Morand, anuncia un viaje, posiblemente de escape. Sin embargo, las escalas en el itinerario de este volumen —las fabulosas urbes luminosas del título— nos presentan los aspectos más feos y repugnantes de las grandes ciudades cosmopolitas y el lado más perverso del hombre moderno. Los diversos textos de *Urbes luminosas*, que llevan a su lector a los rincones más distantes y menos atractivos de nuestro mundo, por ser variados, desafían una fácil clasificación.

Muchos de los relatos son evidentemente autobiográficos. "Tjúeren Ferdinand" tiene como protagonista a un colombiano joven que trabaja durante cuatro meses como lavapiatos en un restaurante en las afueras de Estocolmo. "Plaza Río de Janeiro" acaso revive las experiencias personales del autor durante el terremoto que devastó la capital mexicana en septiembre de 1985. En la víspera del desastre, el narrador experimenta una premonición que plasma en sus escritos. El texto termina con las siguientes palabras: "El 19 de septiembre, los que nos salvamos de milagro en la colonia Roma, volvimos a nacer. Lo que en cierta forma es una variedad de la muerte" (129). A su vez, el narrador de "Crónica de la urbe luminosa" contempla la monstruosa capital mexicana desde el piso 28 de la Torre Latinoamericana.

A través del libro se encuentran alusiones a los problemas sociales y políticos de Colombia y otros países de Latinoamérica. En "Las primeras batallas del amor", que presenta la represión contra estudiantes universitarios, "el presidente Pombo, el cardenal Armadillo y el ministro de Defensa, el general Bello Uria", asisten al entierro de un caballo militar muerto por los estudiantes (46). El protagonista de "Las buhardillas del fin del mundo" observa "el fuego tenaz y nocturno que salía del Palacio de Justicia" (58). En "El gran show de Panamá", al describir un burdel local, el autor destaca la decadencia y la podredumbre del ambiente en la zona del canal. En "Crónica de Guatemala", un hombre que lleva dinero para la guerrilla ve, después de asistir a un concierto de música rock, cómo asesinan a su contacto en la calle.

El horror de la violencia que han sufrido Guatemala y El Salvador se describe en "Crónica de Guatemala" y "Diálogo con los zopilotes". En la primera, se capta la distancia y el desentendimiento de los inocentes visitantes: "La muerte rondaba por todas partes. En el mercado nadie se veía contento por la falta de clientes, las vendedoras le dijeron que ya los negocios no prosperaban, sólo algunos europeos y gringos 'invisibles' —invisibles porque ellos ni entendían ni eran víctimas de lo que pasaba allí— caían de vez en cuando